



PARA quien no conozca Bilbao, la ciudad le espera con la sorpresa a punto. Tiene uno la idea de que aquélla ha de ser una capital triste, amontonada alrededor de sus centros industriales. Bilbao parece estar como un poco al margen de las guías de turismo, tan atentas a las bellezas del Norte. Luego, cuando se va allí, Bilbao es todo un descubrimiento. Porque la capital se muestra en seguida como una concentración de fuerza. De un lado a otro; de abajo a arriba y de arriba a abajo. Del capitalista al obrero de Baracaldo. Un breve reportaje sobre Bilbao —confiado, en lo esencial, a la fotografía— ha de ser, necesariamente, subjetivo. Claro que echaremos mano de algunos datos estadísticos. Pero, en definitiva, sólo serán confirmaciones marginales. Lo que les proponemos es otra cosa: cruzar con nosotros de Miravilla a Santurce, para detenernos —a los dos lados de la ría— en los sitios estratégicos: en la maravillosa

BILBAO

LA FUERZA JUNTO A LA RIA

BILBAO

plaza de Portugalete; en una tasca cerca de La Ronda, junto a la casa donde nació don Miguel; frente a los Altos Hornos; en las sardinerías de Santurce; en la vieja Bilbao de Cantarranas y la calle de las Cortes; en la cresta de Archanda, tierra de lucha en nuestra guerra civil, hoy paseo apacible, dominando a vista de pájaro el hervidero humeante de la ría y el valle tranquilo de Asúa; o junto al puente y mercado de San Antón; o en mitad de los obreros de Baracaldo.

Para el que llega de Madrid —ciudad cerrada, donde el trabajo nos lleva siempre a los mismos sitios y el instinto defensivo a los mismos amigos— Bilbao es una ciudad abierta, donde los ojos no se cansan de mirar y donde parecen respirarse los versos de Gregorio San Juan, el excelente poeta bilbaíno:

Una ciudad que se está haciendo
juntando brazos, pechos, músculos
—las herramientas no se cuentan—

que procedentes del trabajo
llegan desde todos los puntos
de la España áspere y espléndida.

la nostalgia

Es lógico que el crecimiento de Bilbao vaya despertando nostalgias. La ciudad cambia y se ensancha tan aprisa que no hace falta ser sesentón —como mi paisano, el valenciano Teodoro Llorente— para sentirse inclinado a escribir unas memorias. Todo el mundo tiene edificios, teatros, calles y rincones que recordar. Y estilos. Maneras de ser. Y hasta un léxico que parece barrido por la llegada de cuantos, desde otras regiones españolas, han ido a Bilbao porque allí hay trabajo y pueden ganarse el pan.

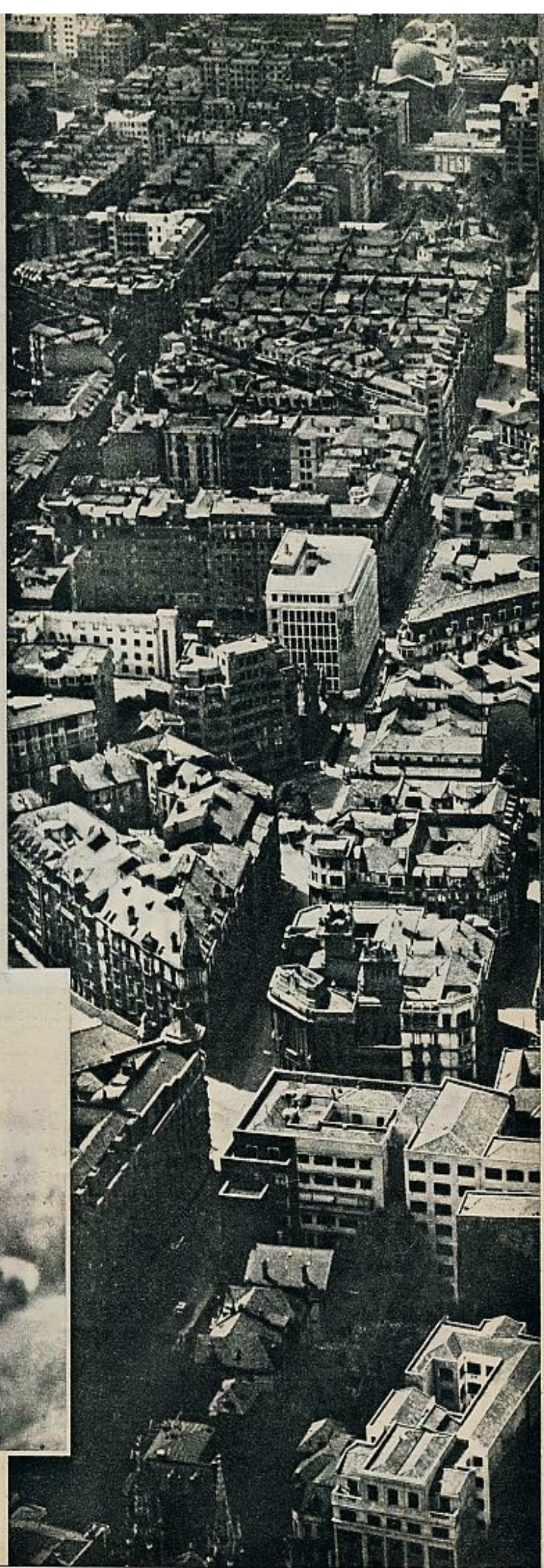
Me guardaré mucho de rozar siquiera el mundo íntimo del bilbaínismo. Algo sé de él gracias a Angel María Ortiz Alfau, y al libro de Emiliano de Arriaga que aquél me regaló. No escribo esto pensando en la minoría de escritores vascos, para los que esto puede tener el tono de una destemplada intromisión. Que me perdonen. Lo que queremos es decir, a los lectores de cualquier otro lugar, que Bilbao, ciudad llena de energía, abierta a Europa desde hace muchos años, tiene muy viva como una especie de tristeza por haber perdido sus aires de ciudad pequeña.

Se recuerda, por ejemplo, «La pastelería», primer café «Suizo», en cuyos salones —por no haber en la villa otro local en el que hacer teatro— se interpretaron conciertos y representaron funciones de ópera por las mejores compañías italianas, con un fervor semejante al que puso Manrique en sus celeberrimos versos. Y hasta parece que en el cementerio de Mallona —en cuya puerta se leía: «Aquí acaba el placer de los injustos y comienza la gloria de los justos»—, situado arriba de la entonces pequeña villa bilbaína, la muerte tenía otro sentido. Los muertos seguían perteneciéndole a Bilbao.

Pero quizá nada mejor que unas líneas del prólogo que le puso Unamuno al libro de Emiliano de Arriaga —a una de sus ediciones— para entender la entraña de este vizcaínismo.

«Pero es que hay el bilbaíno —léase bil-bái-no, trisílabo— y el bilbaíno —léase bil-ba-f-no, cuadrísílabo—. Con lo que ocurre lo que con el bacaleo, que puede gulsarse a la vizcaína o a la vizcaína. El bacaleo a la

SIGUE



El vasco. Un rostro curtido, un aire noble. Y la boina. Una estampa recia a la que cuadra perfectamente ese fondo de verdor que es el país vasco. Luego está la otra estampa: la del obrero. La que tiene por fondo la industria bilbaína.



El Bilbao céntrico está cruzado por la Gran Vía de López de Haro —el fundador de la Villa—, que atraviesa de arriba a abajo nuestra panorámica. En el centro de la misma está la plaza de Federico Moyua, con el Gobierno Civil y el Hotel Carlton. La Gran Vía es una calle llena de magníficas cafeterías y comercios.

NEO DE BILBAO

BILBAO



La famosa canción dice: «No hay en el mundo—puente colgante—más elegante—ni otro

viz-cai-na es como lo ponen del Ebro para acá —escribo en Salamanca—, con salsa roja, y el bacaleo a la viz-cai-na es con salsa verde. El bilbaíno —trisilabo—, que es como decimos los del bochito, los genuinos, es con salsa verde y alegre, o, por lo menos, agri dulce, mientras se está formando el bilbaíno —cuadrilabo— con salsa roja, que es el bilbaíno según le forjan y aun le fantasean fuera de Bilbao, el de exportación.

Este bilbaíno, cuadrilabo y con salsa roja, de ordinario excesivamente rico, que fuma puros teniéndolos en la boca a dos manos, como un cornetín, es el que más se conoce en literatura y el que más regocija fuera de Bilbao.»

Quizá a la cuenta de este bilbaíno sosteniendo el puro como un cornetín se ha creado ese personaje, ya tópico en tanto vodevil a la española, que es

el «señor de Bilbao», con billetes en el bolsillo y dispuesto a consolar a las muchachas sin suerte. Pero éste es otro cantar y no queremos ir más allá de recogerlo.

Las polémicas en torno a la cultura bilbaína son varias. Parece claro, como ocurre con casi todos los tradicionalismos, que hay dos vertientes. La de quienes entienden el «bilbainismo» de un modo lugareño, contrario a toda evolución, y la de quienes quisieran apoyar en esa raíz un desarrollo enriquecedor.

En el orden mercantil, la cuestión está zanjada. Bilbao ha devorado todas sus nostalgias —o las ha dejado reducidas a simples sentimentalismos— para desarrollar mejor sus energías. En el orden intelectual, la cosa no está tan clara. Todavía no hace mucho, un articulista reproducía amorosamente



Arenal». Han pasado los años y Bilbao sigue creciendo junto a las rías del Nervión y de Asúa.

los versos con que Adolfo de Aguirre venía a lamentar el crecimiento de la villa.

«Dichoso en el monte fui,
mas bajé del monte al llano

y ahora voy buscando en vano
la ventura que perdía.

¡Y esto a mitad del XIX, cuando aún no soñaba Bilbao con el Puente de Vizcaya ni con un puerto cantábrico!

Unamuno se rebelaría a menudo contra los irrealismos a que llevaban estas melancolías. Contra la falsa historia de Vizcaya, recogida en leyendas medievales y tan contraria a la «poesía de la vida», a la «intrahistoria», como él decía.

«¿Por qué se salieron nuestros poetas de la sencillez ruda de Iparraguirre,

de las donosas bromas del pueblo, y se fueron a un romanticismo que riñe con nuestro pueblo? ¿Por qué gastaban su ingenio en leyendas vascongadas, en leyendas vasco-cántabras, en leyendas de los vascos en el siglo VIII? La culpa tiene quien inventó a Altor y quien nos plagó de esas patrañas infladas y que tanto disuenan en una tierra bendita, sin monumentos, sin archivos, sin historia vieja.»

Lo malo es que a este tradicionalismo de leyendas del siglo VIII ha sucedido otro, más moderno. El de los nostálgicos de un Bilbao pequeño y concreto. No hace falta remitirse a Adolfo de Aguirre o a Emiliano Arriaga, ya citados. En un reciente libro sobre Bilbao leo: «No fue sino mucho más tarde cuando se alzaron los teatros de los Campos, de Trueba, de Albía y de

SIGUE



Los corderos pastan tranquilos entre viejas vías, buscando la yerba nacida sobre las tierras removidas de la mina. Se encuentra ésta en lo alto de un cerro, y desde allí se domina el Bilbao viejo, que empieza en la misma loma.



De la mina, por una puerta estrecha, hemos bajado los escalones de la plaza Cantarranas. Hay allí una sardinera que parece tipificar el elemento humano del Bilbao viejo. En sus proximidades, está la reliquia del primer frontón.

Buenos Aires, en casi todos los cuales el espectáculo teatral ha pasado a mejor vida. O, digamos, a peor, ya que, en nuestro concepto, el cine no es sino una parodia teatral, aunque con la agilidad y el desenfado de sus pocos años. Juicio curioso sobre el cine, al que se condena precisamente en nombre de la nostalgia de los tiempos en que no existía.

El tema es tentador. Pero hemos de ponerle punto. Y nada mejor que traer otra idea de Unamuno, que quizá no tarde mucho en realizarse:

«Nuestras glorias están más en el futuro que en el pasado. Aún no hemos despertado del todo a la vida del arte, a la vida del espíritu. Acaso venga la explosión, como sucedió en los Países Bajos, de la plenitud del florecimiento material».

A los pocos días de estar en Bilbao uno se pregunta por qué no existe una cultura acorde con su vitalidad. Luego se descubren raíces, puntos de partida. Poetas, pintores. «Putrefacta... pero se mueve», hubo de escribir el amargo Blas de Otero. Gregorio San Juan lo diría de otro modo: «hermosa ciudad ascendente».

Hace un par de años, en el Instituto Vascongado de Cultura Hispánica, oímos a una serie de muchachos —algunos ya maduros, pero muchachos— explicar y leer diversas escenas de los mejores autores españoles contemporáneos. Escenas de Carlos Muñiz, de Rodríguez Buded, de Rodríguez Méndez, de Alfonso Sastre... Allí estaba —como en el plan del Festival de Cortometrajes— el vizcainismo serio. Quizá modesto. Pero muy lejos de aquellas deformaciones historicistas que inspiraron la ironía unamuniana: «De la más pura sangre de Aitor había nacido Lope de Zabalestietia Goicoerrotache, Arana y Aguirre, sin gota de sangre de moros, ni de godos, ni de maquetos. Apoyaba su orgullo en esta nobleza tan casual y tan barata».

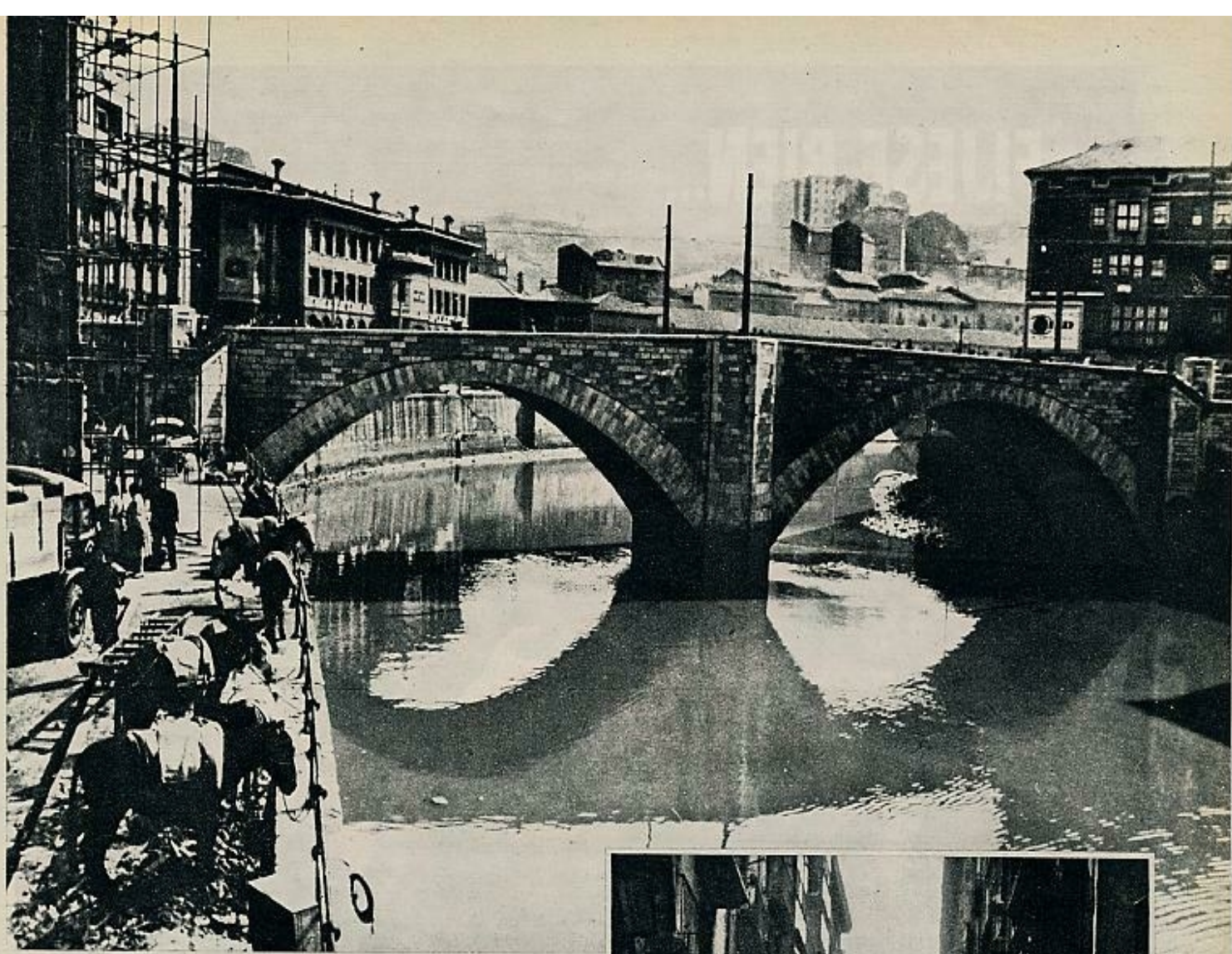
Bilbao es una ciudad clave en el futuro de España. Hay un vizcainismo, entrañable y sin embargo abierto, que deberá formular el estilo de ese nuevo Bilbao nacido de las energías del viejo.

de maravilla abajo

—¿Por dónde empezamos a ver Bilbao? —le he preguntado a Angel (Angel Ortiz).

—Vamos a la mina. Allí empezó prácticamente la ciudad.

Nos subimos arriba de un pequeño monte. Allí han removido y sacado mucha tierra. Luego, durante años, se consideró agotada aquella zona. Ahora



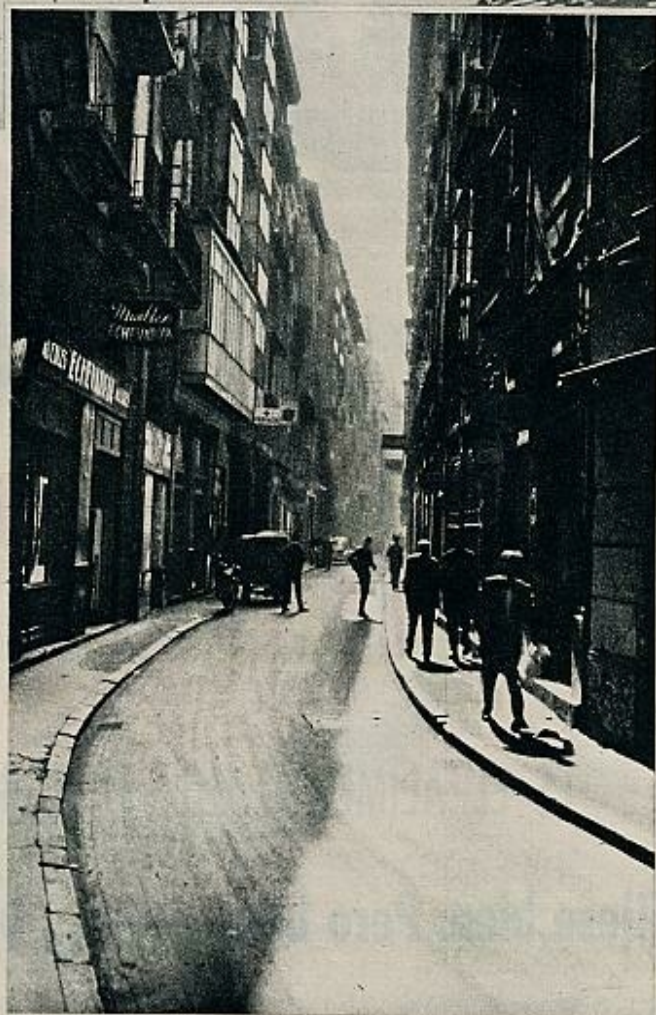
Puente de San Antón, junto a la iglesia del mismo nombre. Es el puente que ha sustituido, corriéndose unos metros, al primero de los que tuvo Bilbao, cuando bajando de Miravilla dio el salto al otro lado del Nervión.

han vuelto a trabajar, quizá porque nuevas máquinas permiten sacar partido de los terrenos que antes se daban por inútiles. Sin embargo, aun a pesar de esta nueva actividad, el signo de la mina es bastante melancólico. Viejas vías, vagones destrozados, algún madero carcomido. Y, al pie, Bilbao, arrancando en las calles y plazas más viejas, a las que se llega desde la mina cruzando una pequeña puerta y bajando por unas escaleras. La primera plaza es la de Cantarranas. Una sardinera se somete al fotógrafo. Un gato se tiende al sol. Dos niños cruzan largas barras de pan como si fuesen espadas. Hay macetas en los balcones de las modestas casas con buhardilla. Vive allí gente modesta, con todos los críos en la calle y las mujeres hablando a voces. Nos metemos en la calle Iturburu, en cuyo número 6 parece que estuvo un frontón. El más viejo de Bilbao dicen las vecinas.

Cruzamos todas aquellas calles, arracimadas, mal dispuestas y, sin embargo, con ese pulso del mal vivir, con ese calor, que iremos perdiendo a medida que nos acerquemos al Bilbao geométrico y señorito. Nos acercamos aún a la calle de las Cortes —la calle mala de Bilbao, la calle que nadie nombra—, repleta de salas de fiesta. Una de esas calles que, cuando llega la noche y en otras partes hay silencio —«pero duermen tranquilas las doncellas», como dice un verso—, se llenan de taxis, de voces, de luces. Cuando se cierran los cabarets —que se llaman como los mejores de París, o los más famosos de cualquier ciudad europea donde mató un bilbaíno alguna noche— la calle sigue llena, apurando los últimos minutos de juerga. «¡Oye, llévame en taxi a casa!», dice una. Otra, desde el quicio de la puerta, mira, muy cansada la pobre, esperando un último embarque. Otra se va sin mirar atrás, cumplida su jornada, a su casa, que debe andar por allí cerca, por ese viejo Bilbao próximo a la mina.

Pasamos el famoso puente de San Antón. Por aquí fue abriéndose camino el caserío. Por aquí saltó la ría. No exactamente sobre este puente, sino sobre otro que estuvo casi en el mismo lugar. Al otro lado, la iglesia de San Antón. «En esta iglesia parroquial de San Antón Abad, predicó el padre Agustín de Cadaveraz (S. J.), el 11 de junio de 1733, el primer sermón en España sobre el Sagrado Corazón de Jesús (A. M. D. G.)». Junto a la iglesia está el mercado. Allí cerca se hallaba la antigua y ya desaparecida plaza Vieja, de cuyos soportales hablan las viejas crónicas ciudadanas. Arrimadas a los muros de la iglesia, unas mujeres venden fruta. Están entre los burros de carga, que llevaron mucho de lo que hoy se vende en el mercado. «Señora, señora, ¡cómpreme estos pimientos!» «Se los rebajo si se los lleva todos». «No, no...

SIGUE



La calle Somera, una de las Siete Calles. Famosa en las canciones vizcainas por sus tascas. Hoy, una más en Bilbao, porque el vino se toma en muchos lugares. Y el centro ha ganado, con los bares, el viejo puesto de las tascas.

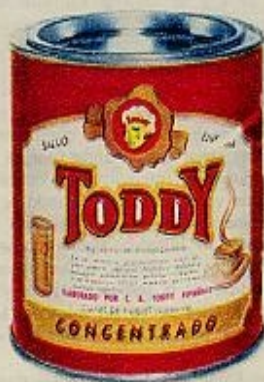
**FIJESE BIEN...
EL
PRIMER
SORBO
LO
DICE**



TODDY

ES EL ALIMENTO QUE SABE BIEN

Fijese bien. Pero bien... bien... bien.



Todos tomando **TODDY** se sienten bien

BILBAO

Vivo sola y no necesito tanto». Los burros se mueven y arman grandes jaleos. «¡Por favor, no nos retraten así! ¡Si usted hubiera visto lo bien que salimos en las fotos para un calendario de la Caja de Ahorros!». «¡Pero qué fotos más feas van a hacer!». «¡Se venden peras que se comen hasta el rabo!». Y nos vamos hacia las Siete Calles.

Achuri, Achuri, Achuri
Santos Juanes y Somera
Once restaurantes en calle pequeña
Achuri, Achuri, Achuri

Anguillas y menestra
Comer bien
Beber bien
Y a vivir como Matusalén.

Lo primero que hacemos es ir a la calle La Ronda y buscar la casa donde nació don Miguel. Hay una placa: «Miguel de Unamuno y Jugo nació en esta casa el 29 de septiembre de 1864». La fachada, remozada, quita cierto carácter a la evocación. Con todo, esto es lo de menos. Porque las Siete Calles guardan su estilo, su orden de barriada para la mejor clase media de cien años atrás. Lo del chiquiteo, el comer bien y el beber bien, ha roto definitivamente los límites de Somera. Nos hemos metido en una de sus viejas tascas —adorno: un cartel de lucha libre, donde el conde Maximiliano advierte que tiene asegurada su melena en 10.000 dólares U. S. A.— para tomar un vino. Dos parroquianos hablaban de los jornales franceses. Un reloj de cuco se ha

SIGUE

Aquí nació don Miguel. Hay que asomarse a Bilbao para comprender hasta qué punto Unamuno, a pesar de sus años de ausencia, siguió siendo un vizcaíno. Don Miguel es, para el que llega, la clave de Bilbao, su mejor definidor.



La calle de las Cortes. Hay un terrible y magnífico poema de Blas de Otero que habla de esta antigua calle bilbaína, llena de anuncios luminosos, de salas de fiesta y de juergas, cuando la mayor parte de Bilbao descansa. La calle de las Cortes está en lo alto, en el Bilbao viejo, cerca de la mina de Miravilla.



Hay una vieja canción bilbaína que dice: «Lord de Inglaterra—¡vio tanta tierra!—vino a Bilbao—nuestro comercio, nuestra riqueza, nuestra grandeza—tiene espanto».

parado. Nos fuimos de allí. Me dieron los nombres de las siete calles como los niños dicen las provincias de Cataluña o de Castilla la Vieja. La Ronde, Somera, Artecalle, Tendería, Belosticalle, Carnicería Vieja y Barrencalle.

Pasamos por la Fuente del Perro, de tres caños, construida en el 1800, y algo así como el centro del Bilbao decimonónico. Por la calle de la Pelota, llegamos frente a la Bolsa de los Alemanes. Es un viejo edificio con una imagen en la fachada. «El que reza la Salve delante de esta Santísima Imagen gana 40 días de indulgencia concedidas por el Ilmo. Señor Don J. H. P. de Espezo, obispo de Calahorra (MDCCXVII-MDCCXLI).» En la esquina hay un cepillo, para donativos a Nuestra Señora de Begoña, la cúpula de cuya iglesia se ve a lo lejos, asomándose entre edificios. Pasa un viejo que se parece a Baroja. Se adorna la solapa con una cruz de Santiago. Se para un momento —debe estar rezando la Salve— y gana las indulgencias.

archanda

Hemos subido a Archanda en su tren a tracción. Cerca de la Universidad de Deusto debe empezar el futuro túnel que unirá las riberas del Nervión con el valle de Asúa, atravesando el monte. Será una obra de gran importancia para el Bilbao industrial, que invadirá lo que ha sido hasta ahora —casi lo es todavía— campo tranquilo. No hace muchos años se hablaba aún de los cinco pueblecitos del valle de Asúa como de lugares bucólicos, a los que cabía

asomarse desde el mirador de Archanda. Ahora ya no. La industria ha empezado su conquista. Bilbao se ensancha también hacia ese lado.

Para quien llegue a Bilbao, la subida a Archanda es imprescindible. Se dominan las dos riberas de la ría, con su cadena de astilleros, Altos Hornos, puentes —Baroja dijo que el Nervión era la aorta de Bilbao— y algún contrapunto de verdor en el lado de Neguri. Es una visión dificultada por el humo y por la niebla. Al otro lado, sin más que cruzar unos metros —un paseo con bancos, silencioso, con el aire de los parques de nuestras capitales de provincia—, el mirador da ya sobre Asúa. Aquello es el «país vasco». El viejo poeta Iparraguirre decía: «Hay, es cierto, en todas partes buenos sitios, pero el corazón dice: vete al país vasco».

Mi amigo Angel me habla de algunas batallas desarrolladas sobre los escenarios que contemplamos. Se remontan al tiempo de las carlistadas, a la ocupación de Bilbao por los liberales —a raíz de la cual se fundó la sociedad El Sitio, tan importante en la historia bilbaína de varias décadas—, a nuestra última guerra civil...

la ribera derecha

Es la tranquila, la que tiene un aire aristocrático. Allí están todas las playas. Al final está Neguri, donde, hace un siglo, José Amann comenzó a construir el Bilbao del descanso. Y la playa de Ereaga, con el mirador corrido perteneciente a un palacio donde estuvieron invitados los últimos Borbones.

SIGUE



Archanda es un lugar tranquilo, sombreado por las acacias. Es un parque situado en la cresta de un monte. Basta levantarse del banco y andar unos pasos para tener ante los ojos un panorama espléndido. Puede elegirse entre la agitación de la ría o la calma de Asúa.



Este es el valle de Asúa. Decía Unamuno: «En él, Sondica, Lujua, Erandio, Zamudio y Derio, cinco pueblecitos, como cinco polladas, con sus cinco iglesias como cinco gallinas, picoteando en su valle de verdura eterna.» Asúa, sin embargo, ha empezado a perder su vieja calma. Su verdor no será eterno, porque el Gran Bilbao necesita el valle para su expansión industrial.

¿Qué diría ahora el lord?



El último teatro de Bilbao es el Arriaga, situado frente a la explanada del Arenal. En el Arriaga se presentan muchos de los grandes éxitos de Madrid.

Sobre una loma que domina la villa se levanta la Basílica de Begoña, patrona de Vizcaya. Fue construida en 1519 sobre la antigua ermita de Santa María. La Basílica, enclavada en un hermoso paisaje, está muy vinculada a la historia de Bilbao.



Pasado Erandio, comienza la zona residencial de Bilbao. Castillos, palacios, casas llonarios. La fotografía la hicimos en Las Arenas. Flanqueaba la carretera, por la

Es un Bilbao que, al decir de mi amigo, se enriqueció y floreció durante la guerra 14-18, cuando los industriales sacaron provechoso partido a nuestra neutralidad. Este clima de riqueza se mantiene en bastantes kilómetros. En otros, las casas toman una disposición más colectiva, más municipal, más para muchos. Como ocurre, por ejemplo, en Erandio, de donde salen unas lanchas que llevan a la gente hasta Baracaldo. Son motoras con la bandera nacional en la popa. Versiones reclas, a la medida de los Altos Hornos, de las góndolas venecianas. Mientras esperamos a la lancha, un viejo que anda tomando el sol nos cuenta la historia de un barco francés, semihundido, que fondea allí delante. «Lo encontraron los marinos bilbaínos, ¿sabe?, abandonado en alta mar, con un marino muerto a bordo. Se lo trajeron para acá. Y ahora hay pleito, ¿sabe?».



solariegas, grandes avenidas, configuran la estructura de este Bilbao de grandes miraderecha, una avenida de frondosos árboles. Por la izquierda, este largo mirador.

Renunciamos a la motora. El taxi nos llevará hasta el Puente de Vizcaya, para pasar con él al otro lado de la ría. Más palacios. «En una reciente estadística, sumaron un capital de setecientos millones entre treinta y cinco familias que viven en casas contiguas». Bajo los árboles de una avenida, las criadas vigilan el juego de los niños. Es otoño y hay muchas hojas en el suelo. Las casas y palacios están cubiertos de enramadas.

la ribera izquierda

El transbordador aéreo —donde viajamos sin salir del taxi— nos lleva al otro lado. A Portugalete. Nos vamos a las sardinerías de Santurce. Las sardinas son grandes, frescas, y tienen otro gusto. Las traen todavía quemando.

SIGUE



El gran sueño de Bilbao fue, durante siglos, llegar hasta el mar: tener un puerto en el Cantábrico. Hoy, resueltas las viejas diferencias municipales, Bilbao ha pasado de la barra de Portugalete. Las Arenas y Santurce, los puntos extremos de la ría, más allá del gran Puente de Vizcaya, se asoman al Cantábrico.

BILBAO



Los Altos Hornos de Vizcaya a contraluz. Las lanchas motoras, con su banderita nacional en la popa, cruzaban y descruzaban el Nervión. Llevaban gentes de Eranio que querían llegar a la otra ribera. Es un largo tramo sin puentes, por donde llevan las motoras a los miles de trabajadores que van a los Altos Hornos.



Ocharcoaga, un bonito barrio moderno, ocupado por gentes modestas. Fue construido con la finalidad de albergar en él a cuantos vivían en chabolas. Hay allí trabajadores llegados a Bilbao de casi todas las regiones de España.

Me dicen que hay baile en la plaza de Santurce. Pero pasa el tiempo y no comienza. En el puerto hay silenciosos pescadores. Y muchas barcas de colores vivos simétricamente distribuidas. Parejas de novios. Matrimonios que han sacado a sus hijos. Se está bien allí, en ese Santurce que hoy ya es una parte de Bilbao.

Nos vamos con el coche a la plaza de Portugalete. Es un espectáculo inolvidable. De los mejores que conozco. La plaza da, por un lado, a la ría. Por los otros tiene casas con pórticos y, a un nivel más alto, una vieja iglesia. Allí mismo están los astilleros y los Altos Hornos. Aquella tarde hay baile en la plaza. En el templete, los atriles esperan a los músicos. Luego empiezan a llegar y comienzan a salir las parejas. Primero chicas con chicas. Luego, ya en serio, hombres y mujeres. En la plaza hay una aceitunera, con aceitunas de muchas clases. Pesan barcos por la ría de vez en cuando. Es una plaza abierta a un paisaje y a una luz increíbles. Todo está vivo. Se toca esa fuerza que ha levantado Bilbao. Aquí el baile no tiene el aire de los bailes de plazas mayores; ese aire que metió Bardem en su calle mayor; el aire triste de nuestra provincia. Al contrario. «Nosotros tenemos el calor de dentro, no el de fuera». «¡Aquello era su Bilbao, su bochito, lo mejor del mundo, el pueblo más trabajador y más alegre», como decía don Miguel. Allí están los de Portugalete, bailando junto a la estatua de Víctor de Chávarri, el creador de los Altos Hornos de Vizcaya.

Luego, ya en Madrid, supe que en Portugalete se rodó un interesante documental en la primera época del cine español. Creo que el segundo realizado en Bilbao, ya que el primero fue «Fiestas del Siltio».

De Portugalete regresamos al centro de Bilbao. Pasamos por los Altos Hornos, en silencio aquel domingo por la tarde. Flanqueamos los astilleros y, al anochecer, nos metamos en la Gran Vía.

Para mí, Bilbao será siempre, por encima de todo —y por eso decía al principio que el reportaje había de ser subjetivo—, aquella orilla de industrias y de gentes bailando en la calle su día de descanso.

ocharcoaga

Otro personaje importante: Rafael Azqueta. Nos llevó en su coche a Ocharcoaga, un barrio nuevo, estupendo, para los antiguos habitantes de chabolas. A Azqueta —que cultiva, a su manera, a su buena manera, la vieja tradición de filantropía que hay en Bilbao— le conocía todo el mundo. Por su parte, él sabía cómo se llamaba cada cual, dónde estaban sus problemas. A muchos,



El pequeño y bonito puerto de Santurce. Era un domingo por la tarde y la gente salía a pasear y a tomar el sol. Todas las barcas, de colores vivos, simétricamente repartidas, estaban en el puerto. Por allí cerca varias sardinerías defendían el viejo prestigio de Santurce. Eran unas sardinas enormes, estupendas.

nacidos a la buena de Dios, les faltaban papeles para casarse. A otros les faltaba trabajo. Otros no ganaban bastante. Rafael los escuchaba, tomaba notas. A veces los sorprendía anticipándose: «Vete a ver a Fulano, que yo he hablado ya con él». De la cartera se sacaba fotografías de gitanillos, de mujeres humildes. «Mira, aquí llevo la foto de tu madre». Otros se le quejaban porque los alquileres eran altos. «Ya lo arreglaremos para que los rebajen». Otros protestaban, porque el cura de la antigua parroquia se había quedado una copa que ganaron en no sé qué. «Es del equipo y no tiene que ser para los nuevos. La ganamos nosotros». Rafael prometía: «Ya hablaremos con el cura».

En Ocharcoaga entrábamos en muchas casas. A Rafa le abrazaban. Eran casas con las ventanas dando sobre los verdes del monte. Unas casas soleadas, donde sólo había cajones, alguna silla y algún colchón. «Para las chabolas no hacía falta más. Pero en estas casas es distinto».

Tomamos un vino en uno de los bares de Ocharcoaga. Había gitanos trabajando en el urbanizado de las calles. Algunos los miraban riendo: «¿Dónde se ha visto a un gitano trabajar?»

Ocharcoaga es un buen rincón. Un gran rincón de Bilbao.

butrón

Nos invitaron a comer en Butrón. Es un palacio que parece construido para una gran superproducción americana. Antes tenía a su alrededor grandes bosques, talados luego para sacar dinero. Sigue con una magnífica arboleda en sus puertas, pero quizá al castillo se le ve más la trampa. Es, en definitiva, la culminación de ese Bilbao artificial, construido, con la llegada de los millones, para recreo de quienes los ganaron. En la explanada delantera, las mesas se dispusieron en forma de herradura. Nos dieron una carne riquísima. La cocina vasca, frente al castillo de opareta (terminado, completo, construido a golpes de literatura romántica), creó una situación insólita. Aquel era un sitio para comer. Vinieron espatadantzaris, que bailaron mientras otros tocaban el txistu y el tamboril. Alguien explicaba la simbología de aquellos pasos y aquellos personajes, la anécdota milagrosa de cada danza. Todos seguíamos comiendo y aplaudiendo al final de cada baile. Fue una impresión que no olvidaré. Por allí se alcanzaban viejas costumbres, como si, muchos años después, nos hubieran reunido para representar la gran ceremonia vasca de la comilona.

Comer bien. Beber bien. Y a vivir como Matusalén.

(Concluye en la página 63)



Plaza de Portugalete. Empiezan a llegar los chicos y chicas para el baile. Casi todos son gente que viven por allí, pero no faltan los que vienen de lejos. El baile de Portugalete es una fiesta popular con cierto prestigio.

estadística de un crecimiento

La población de Bilbao —la población de hecho— registra este movimiento: 1900, 79.410 habitantes; 1910, 93.312 habitantes; 1920, 117.122 habitantes; 1930, 161.967 habitantes; 1940, 196.872 habitantes; 1950, 229.334 habitantes; 1955, 248.855 habitantes; 1960, 297.942 habitantes.

Los índices de inmigración y emigración durante el trienio 56-58 fueron: Año 56: Inmigración, 6.128; emigración, 1.825. Año 57: Inmigración 14.530; emigración, 2.670. Año 58: Inmigración, 8.300; emigración, 643. Durante el mismo trienio la construcción de viviendas fue: Año 56: 74 edificios con 2.045 viviendas. Año 57: 77 edificios con 1.042 viviendas. Año 58: 72 edificios con 1.656 viviendas. En Bilbao hay nueve minas de hierro: Abandonada, Casilda, Hematitas, Julia, Luno, Malaespera, Morro, Primitiva y San Luis. Y una de cuarzo: Ondarsuria. La producción total de dichas minas durante el trienio fue: 1956, 280.522 toneladas; 1957, 277.724 toneladas; 1958, 309.364 toneladas. Las cifras de mortalidad infantil (niños y niñas menores de cinco años) registran:

1956, 219 niños; 1957, 208 niños; 1958, 143 niños. Y aún hay otra estadística fundamental que señala el valor de Vizcaya dentro del plano nacional. Es la de los ingresos «per capita» en el año 60. La relación es ésta: Guipúzcoa, 31.270 pesetas; Vizcaya, 30.724; Barcelona, 27.564; Madrid, 27.380; Valencia, 23.759. Los tres últimos lugares —48, 49 y 50— corresponden a Granada, Murcia y Orense, con un ingreso anual por habitante de nueve mil y pico de pesetas. La media nacional se establece en 18.057, o sea, un poco más de la mitad de lo que corresponde a los vizcaínos.

paseo final

Es imposible abarcar la nervadura de este magnífico Bilbao. Yo sabía muy bien que no pasaría de unas impresiones personales. Dejo a las fotografías el cuidado de completar el texto. Dirán mucho más que cuanto hemos escrito. A las fotos de Bilbao también la misión de mostrar algunos aspectos del Bilbao céntrico: el que se agrupa, urbanizado y moderno, en torno a la Gran Vía. Ese que pasa por delante de San Mamés —parque y campo del Atlético, por donde meterían los ingleses sus negocios y su fútbol—; por la plaza de Federico Moyúa —con su antiguo palacio de Chávarri, hoy Gobierno Civil—; por el teatro Arriaga; por el Museo de Bellas Artes —tan importante para el que quiera ver fijado el color de Bilbao—; por la Plaza Nueva —plaza vieja, con aire de plaza Mayor madrileña—; por delante del solar del Euskalduna, el último frontón derribado; por el Arenal —que tanto horrorizaba a don Miguel— y por tantas calles y plazas en donde apetece detenerse.

el gran bilbao

Por ley de 1.º de marzo de 1946 fue creada la Corporación Administrativa «Gran Bilbao». En el Plan, redactado previamente, se delimitó la zona comarcal, que comprendía todos los pueblos de los valles del Nervión y Asúa.

En las Cortes, el alcalde de Bilbao explicaba el alcance de la Ordenación comarcal: «Don Diego López de Haro le dio en 1300, al fundar Bilbao, el fuero de Logroño, y no anduvo remiso el fundador en dar límites a la Villa, puesto que fueron mucho más extensos de lo que han sido después y casi coinciden con los que hoy tiene».

Pero por encima de las divisiones municipales, la ría de Bilbao es una unidad económica que ha creado unos intereses comunes a Bilbao y a todos los municipios que la circundan.

Para el viajero esto es de una evidencia abrumadora. De Miravilla al mar, a lo largo del Valle del Nervión, todo parece estar situado dentro de una misma unidad. Cuesta admitir divisiones y rivalidades. Bilbao es el Valle de Asúa y el Valle del Nervión.

nombres

Último epígrafe de este trabajo. Quiero recoger en él unos cuantos nombres que reflejan diversos aspectos del poderío bilbaíno. Entre otros muchos, saco los de Alberto de Palacio, constructor del Puente de Vizcaya, en 1893; Evaristo de Churruga, creador del puerto exterior; Víctor Chávarri, que fue, junto a Ibarra y Echevarría, un impulsor fundamental de la industria siderúrgica; y, en otros órdenes, Manuel Losada, Aurelio Arteta, Ramón Basterra, Luis Brillas...

En cuanto a los nombres que actualizan la historia minera e industrial de Bilbao, también es forzoso mencionar los más importantes. Ya en el XIV Bilbao, por la riqueza mineral de sus montes —que llamarían la atención de los industriales británicos— acusaba sus características comerciales. En el XIX, la matrícula de Bilbao correspondía a una cuarta parte de nuestra flota de carga. De las primeras herrerías se pasó a la creación de Altos Hornos, el primero de los cuales —el Santa Ana de Bolueta— se alzó en 1841. Le siguieron los de El Carmen, en Baracaldo (1854), las instalaciones de Echevarría, Santa Agueda, Castrejuna y Realdo (1876), y la Vizcaya, de Sestao, fundada en 1882.

Pero no son sólo las industrias siderometalúrgicas las que cuentan, con ser las más importantes. La Electra de Ibañeta son, en el campo de la electricidad, dos ejemplos.

La Naval, constituida en 1909, y la Euskalduna, fundada en el 1900 —con más de 4.500 obreros— son dos empresas, con diversas factorías, dedicadas a la construcción naval y a otra serie de estructuras y motores. La Basconia, con 2.500 productores, fundada en 1892; la Sociedad Española de Construcciones Babcock y Wilcox —docientos millones de capital, 3.200 operarios—; la Sociedad Anónima Echevarría, la Firestone Hispánica, S. A., son otras cuatro firmas importantísimas. Y, naturalmente, como colofón de esta actividad capitalista, Bilbao tiene dos Bancos que figuran entre los cuatro primeros de España, el de Vizcaya y el de Bilbao. Y primerísimas compañías de seguros.

Y aún otros nombres: General Eléctrica, Unión Química del Norte de España, Naviera Aznar, Sefanito, La Papelera Española, los Cementos de Leizor, Aviación y Comercio...

Todas estas firmas son las que encuadran el gran mundo laboral de Bilbao. Una de las pocas ciudades españolas, uno de los pocos núcleos en donde hemos llegado a las ventajas y los males de un capitalismo a la europea.

textos de JOSE MONLEON — fotos, IGNACIO MAEZTU y RAFAEL ORTIZ — fotografías aéreas, SERGIO PALAO y FRANCISCO PERALES — fototeleores, SAEZ.

2 películas de bergman

DESPUES de "El séptimo sello", "El manantial de la doncella" y "El rostro", han llegado dos películas más de Ingmar Bergman: "Una lección de amor" y "Las fresas salvajes".

Buen dato en favor de la situación cinematográfica española, tan marginal durante años y años a las corrientes cinematográficas europeas. Tan marginal a la cultura cinematográfica del Continente. Las dos películas de Bergman, unidas a otras ahora en cartel, prueban que algo ha cambiado aunque aún estemos muy lejos del nivel de París o de Roma. Pero esto es lógico y lo que importa es que sigamos adelante, aunque sea despacio.

"Una lección de amor" y "Las fresas salvajes" han planteado la conveniencia de reconsiderar la personalidad de Bergman, sobre todo la primera de dichas películas, ajena —al menos aparentemente— a la problemática y al estilo de las tres suyas que ya conocíamos.

Por lo pronto, hay un dato clave para poder juzgar atinadamente "Una lección de amor", dentro de la producción total de Bergman. Y es el año de realización, el 54, justamente detrás de "Noche de circo", un film negro, a la manera de Von Stenbergh, que, según dicen, arruinó a su productor. Paralelamente —en el 53— Bergman había dirigido obras de Pirandello, de Kafka y de Strindberg. Había creado una leyenda de "tenebrismo", de "intelectualismo", en torno a Bergman, que el director consideró conveniente romper. Téngase en cuenta que el sueco no era un realizador famoso y que carecía de esa minoría entusiasta que le serviría, años después, de plataforma para imponer sus películas a un público relativamente amplio.

"Una lección de amor" fue rodada el mismo año que dirigía, para el teatro, "La viuda alegre". Esta fue la forma de "sacudirse" una aureola profesional que comenzaba a serle negativa. Sacudida que, evidentemente, tenía que arrojar numerosos peligros. No se pasa impunemente de Kafka a Franz Lehar, aunque una falsa teoría del realizador, o del autor teatral, glorifique una ductilidad que, a poco que se examine, suele esconder alguna trampa. Decir bien una cosa solo parece posible si responde a una preocupación constante y aguda del realizador.

Es curioso, en este sentido, la doble mentalidad a que responde "Una lección de amor". De un lado, está el Bergman tradicional, formado en la dramaturgia de su compatriota Strindberg —donde la relación entre los sexos es una guerra en la que el hombre es devorado—, y de otro, un Bergman que copia a Lubitch y que ha de encontrarle un final feliz a su película. La cuestión era conciliar estos dos polos irreconciliables. Decir cosas muy duras con respecto al amor y ofrecer un desenlace sin problemas.

En cuanto a la factura, el procedimiento no puede estar más claro: teatro. Teatro confiado a los mismos actores que dirige en los escenarios, frente a decorados y dentro de composiciones elementales.

Con respecto a "Las fresas salvajes", el problema es distinto. Ya Bergman ha realizado "Sonrisa de una noche de verano". Ya es un director famoso y rentable para los productores. Justamente, cuando acomete "Las fresas salvajes", ha terminado "El séptimo sello". Bergman ha encontrado en los retablos medievales una serie de símbolos e imágenes que cuadran a su visión sensorial del cine. Ha concentrado, además, una temática que parece conectada con las Danzas de la Muerte. ¿Por qué no sustituir al Caballero de la Cruzada por un profesor contemporáneo?

El profesor no verá a la Muerte cara a cara, como el Caballero. Los símbolos son distintos y a la Muerte se la ve ahora en sueños, capaces de ser analizados.

Sin embargo, en el fondo, entre las últimas jornadas del personaje de "Las fresas salvajes" —que intenta encontrar una explicación a su vida— y las del Caballero hay numerosos puntos de identidad. Es —siguiendo la terminología de Bergman— un "intento de poesía moderna", que, en un caso, se vale del material fotogénico de la Edad Media, y, en otro, intenta construir el gran mural —lleno de relaciones internas, de símbolos, de paralelismos— con unos elementos visualmente modernos, pero en el fondo sometidos al colosalismo cíclico de las grandes obras medievales.